



DE SEDUCCIONES, DESTINOS Y MALOS TRAGOS

ANTONIO BERNAT VISTARINI

- “How many miles to Babylon?*
- Threescore miles and ten.*
- Can I get there by candle light?*
- Yes, and back again!”*

(Mother Goose)

“...Ay, su modito de andar”.

(Pedro Infante)

Claro que tiempo hubo y lugar en que las mujeres exhibieron un “modito” de andar sin connotaciones degradantes. Tiempo de vocabulario engomado, de léxico tieso con bañetas de hierro; momento en que no era caricatura “cimbreadse”, ni arreglarse con recato en un tocador de luna orlada. Claro que también hubo otros tiempos. De no menor signo masculino, quizá, pero sí igualmente —o quién sabe si precisamente por ello— cantables. Largo sería pues, y temo que reiterativo, desentrañar contextos y vericuetos del gusto, aparición y muerte, motivos y consecuencias. Cosa que, además, me aleja del propósito de estas líneas. Pero aún, antes de entrar en juego, me voy a permitir para zanjar la cuestión y asentar una premisa de conveniente memoria —aunque arraigue en la más subjetivista sabiduría popular cual *gustibus non est disputandum*—, acudir a la autoridad de Hume que propone: “Todo sentimiento es correcto, porque el sentimiento no tiene referencia a nada fuera de sí, y es siempre real en tanto un hombre sea consciente de él.

Sin embargo, no todas las determinaciones del entendimiento son correctas porque tienen referencia a algo fuera de sí, a saber, una cuestión de hecho, y no siempre se ajustan a ese modelo". A la ética corresponderá luego el acotar los linderos peligrosos —que sin duda lo son— del término "correcto". Allá cada uno con la época, folklore, república, frugalidad y buena crianza que le hayan podido caer en suerte.

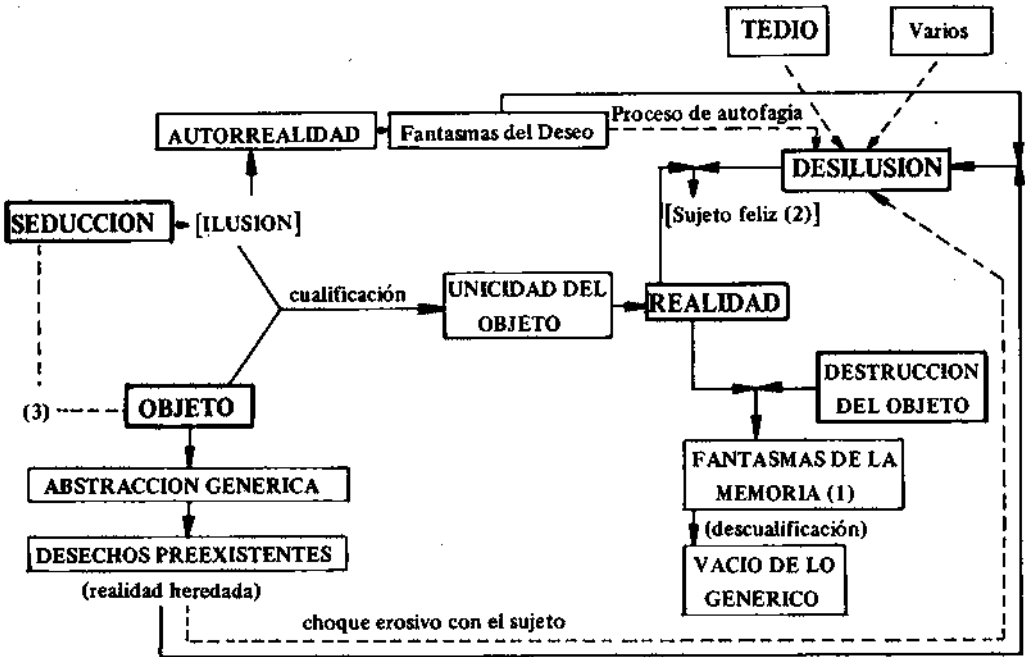
I.- Abandonado este exordio, una conocida *soleá* de Manuel Machado hará de umbral a posteriores ideas: "Tu calle, ya no es *tu calle*: / que es una calle cualquiera, / camino de cualquier parte". La concentración conceptual y sentimental es manifiesta; y don Manuel, entre copa y copa, sabe que pulsa unos acordes de muy remota andadura. La literatura universal y la experiencia individual demuestran la contumaz —tal vez autodefensiva— tendencia del humano a hacer polvo, no el objeto de su seducción —dando por bueno que la seducción presente un objeto claramente distante del sujeto—, sino todo aquello que lo cualifica, rodea y hace único: cuando el mecanismo de la seducción se rompe, por cualquier motivo, o desaparece ese su objeto específico, entonces y sólo entonces volvemos y percibimos al máximo la existencia —en la borrosa realidad que nos queda— de unas cualidades presentes pero perdidas, individuales e irrepetibles, y que nos acosan como el perro por los páramos de Baskerville. Esto, que es obvio y experimentable por todos, produce a su vez una reacción que se convierte en arma de doble filo. ¿Por qué a M. Machado se le viene encima, precisamente ahora, la existencia de la calle si es verdad que "ya no es *tu calle*"? Parece que no tendría que preocuparle al haber sido siempre "la calle" algo sólo accesorio a la causa de su enajenación. Lo que ocurre, sin embargo, es que todo su dolor intenta refugiarse en la queja de la mismidad individual que se resiste, con uñas y dientes, a la sustitución, a la alienación y generalización, albergando la esperanza de no quedar así bajo el imperio de la fungibilidad universal. Pero el otro filo aparece en cuanto que este refugio, al sumirse en la mismidad y, por tanto, renegar de lo que haya reproducible y equiparable, está —por medio de esta negación— efectuando justamente la descualificación de que huía y, por ende, colocando al objeto de cuatro patas en la más absoluta situación de fungibilidad.

De esta paradoja, mucho más cuerdo, era sabedor el hermano de Manuel; reproduzco aquí el *Parergón* de Antonio Machado, que alumbra más que cualquier disertación y añade otra vuelta: (I) "Cuando murió su amada / pensó en hacerse viejo / en la mansión cerrada, / solo, con su memoria y el espejo / donde ella se miraba un claro día. / Como el oro en el arca del avaro, / pensó que guardaría / todo un ayer en el espejo claro. / Ya el tiempo para el no correría./ (II) Más, pasado el primer aniversario, / ¿Cómo eran —preguntó—, pardos o negros, / sus ojos? ¿Glaucos?... ¿Grisés? / ¿Cómo eran, ¡Santo Dios!, que no recuerdo?... / (III) Salió a la calle un día / de primavera, y paseó en silencio / su doble luto, el corazón cerrado... / De una ventana en el sombrío hueco / vio unos ojos brillar. Bajó los suyos, / y siguió su camino... ¡Cómo esos!" Y esta otra vuelta aparece a partir de la segunda muerte ("su doble luto, el corazón cerrado"). Se siente como muerte definitiva pero encuentra su resurrección en la seducción. Vuelta a empezar; proceso cíclico de la seducción. Se vuelve al principio, a la necesaria creación de la realidad. Otra realidad que, a la vez, acumula a la anterior: se abre el "corazón cerrado"; aunque por supuesto se abre con cada vez más y más escombros dentro. Queda así demostrado cómo la seducción desplaza grandes cantidades de material de aluvión en un proceso similar al

de la escoria en los altos hornos. (H.P. Jeudy: "¿No es la misma ilusión que la del halcón que *vuelve* al pedazo de cuero rojo en forma de pájaro la que, mediante la repetición, confiere una realidad absoluta al objeto que capta? Por encima de creencias e ilusiones, el engaño es en cierto modo el reconocimiento del poder sin límites de la seducción").

Hasta que punto no tendrá límites el poder de la seducción que un traje de seda negro, unos largos guantes negros, una sonora bofetada y Rita Hayworth consiguieron que una expedición escalara los Andes con el único objeto de enterrar una copia de esta película (*Gilda*, 1946) para transmitirla a la posteridad. Y, más aún, la bomba atómica experimental que cayó sobre el atolón de Bikini llevaba el nombre de Gilda, y, grabada, la efigie de su protagonista. (Seducción y estupidez pueden emparejarse hasta la masacre, recordemos tan sólo las últimas guerras). Hechos todos que nos obligan a tomar una copa.

II.- La anterior glosa sobre los Machado y a cuento del mecanismo cualificación/descualificación, unicidad/alteridad del objeto de deseo (que debería redondearse con algunos poemas de Pedro Salinas, en quien el asunto es constante), ha generado un esquema de comprensión más amplia y que se extenderá luego en posterior metáfora.



➔ Impacto

--- Camino posible y suficiente pero prescindible.

- (1) Interpretación fantasmal de la Historia.
- (2) La única hazaña es la soledad.
- (3) Si la seducción fuese de las que no se hacen ilusiones, su incidencia sobre el objeto conduciría no a una "realidad", sino a ese vago estado general conocido comunmente como catástrofe y al que debemos los mejores momentos de la vida.

Sea una botella de whisky; sea yo *. Sin el segundo y aleatorio requisito; o si, mucho más triste, no hubiera botella; o si habiéndola no la reconozco, la realidad no existe. En el primer supuesto el objeto, constreñido a mera abstracción genérica, engrosará el inmenso campo de los desechos preexistentes que componen la *realidad heredada*; la cual como todo el mundo sabe adolece de graves defectos de forma, notoria propensión al espejismo, arbitrarias imposiciones y congénita insustancialidad. Es decir, poco real, francamente. En el segundo, ocioso será explicar a dónde pueden conducir los *fantasmas del deseo* tras la formación de una *autorrealidad* al margen del objeto. (Así Th. De Quincey, teórico de la belleza atroz y asesino confeso de gatos, analiza pormenorizadamente el mundo irreal al que transporta el crimen. En el *Macbeth*, después del asesinato de Duncan, resuenan unos golpes a la puerta; la escena había intrigado desde niño a De Quincey, quien no acertaba a explicarse el efecto que le causaba. Después de mucho logró aclararlo en un ensayo que se cuenta entre lo mejor de su obra: el asesinato es una transgresión mágica que *suspende el tiempo* y crea un mundo diabólico; los golpes a la puerta marcan entonces el reflujó de lo humano —y ahondan, por contraste, el supuesto horror del homicidio—). Y el tercer supuesto incluye a ambos.

Sólo si los dos postulados iniciales (botella de whisky y yo) se coordinan aparece una *realidad* eficaz (quizás una singular borrachera). Debe entenderse siempre que no hablo de la manida realidad creada por contacto de sujeto y objeto, sino de la que se crea, de manera más esencial y próxima, desde la seducción. Sólo se acepta aquí una *realidad* que pase por la unicidad del objeto y proporcione “el nombre exacto de las cosas”. Del precario estado de tal realidad, que el hombre sólo a fuerza de desvelos y azares puede conseguir, ya se ha dicho algo en el primer apartado. Se trataba en los dos ejemplos escollidos de la destrucción del objeto, cosa que conducía primero a los fantasmas de la memoria y luego al absoluto vacío de lo generalizado y abstracto (ver gráfica). Los motivos de la eversión del objeto los vemos elementales e inevitables como las tormentas: nada existe que no pueda dejar de hacerlo. Por contra, los desencadenantes de *desilusión* (el otro gran principio que choca contra esa frágil realidad) se nos multiplican como hijos del diablo; habrá pues que centrarlos en cuatro irreductibles.

Veamos primero una causa de desilusión que emerge precisamente desde la ilusión *aislada y pura*. Un tipo tal de ilusión no puede menos que engendrar con rapidez una *autorrealidad*: si no hay whisky, y si esto fuese lo único que deseo, mi necesidad de él me forzará a buscar un sustituto. Sustituto, toda vez, *interno*. Pueden ser la imaginación o la teoría como alternativas blandas; murria global o fastidio cerrado como menos blandas, y quedar eternamente habitado por los *fantasmas del deseo* como alternativa patológica e incurable. Y los llamo fantasmas porque si uno una vez, cuando estuvo en Berlín, deseó infructuosamente cenar unas Manzanas a la Froilán, por muchas manzanas que trasiegue en esta vida jamás habrá saboreado *aquellas* Manzanas a la Froilán con sus pasas de Corinto. Es más, siempre que coma manzanas asadas los fantasmas del deseo acudirán a posarse sobre el plato recordándole su irreparable destino. Así también se expli-

(*) De esta hipótesis, que no cabe la menor duda, uso únicamente la metonimia que remite a cuanto me hace desear esa botella.

can la obra y obsesiones de Dante; hombre que a pesar de las mujeres que pudo haber amado, moriría sin haber puesto nunca la mano sobre su anhelada Beatrice. En algún momento de ánimo especialmente pugnaz, se ha dado en llamar a esta suerte de infortunio *morir como un perro* (“¡Morirás como un perro!”, le dice, por los mismos motivos, el fantasma de Orestes a Egisto en una pesadilla de *Cunqueiro*. Y en Kafka “¡Cómo un perro! —dijo; y era como si la vergüenza debiera sobrevivirle”). Esto es lo que quiere indicar el proceso de *autofagia* de los fantasmas; se devoran a sí mismos. Continúa y lentamente se enquistan en el espíritu y acaban poseyéndolo de Sur a Norte. El fantasma de Beatrice se autodevora y da como resultado, junto a otras devoraciones, por ejemplo, la *Divina Comedia*. Los fantasmas —por el mismo viejo principio de la acumulación progresiva e integradora de los temores— al devorarse pasan a componer un fantasma cada vez mayor que acaba llamándose Desilusión. Y es desilusión porque ya no hay nada. Sólo un súcubo vagamente molesto pero del que no se puede huir sin augurar graves riesgos a la integridad mental.

Aclarado el primer gran caso posible, se nos presenta el segundo. Todos sabemos que nos hallamos inmersos en un sistema de convencionalismos, en una *codificación heredada* del universo. Denomino a todos estos objetos de la codificación *desechos preexistentes*; vendrían a ser como los “escombros del corazón” antes citados pero aquellos con los cuales ya venimos al mundo. El hombre está continuamente chocando con esta realidad heredada, codificada de antemano. La erosión ininterrumpida acaba desbastando la inteligencia hasta el punto de convertir el cerebro en una casa desierta pero confortablemente amueblada. La muerte del individuo que ha elegido este camino es, por decirlo así, la típica burguesa “contemplando/ cómo se pasa la vida,/ cómo se viene la muerte/ tan callando”; y lamentándose (Ubi sunt?) cómo, sin remedio, “cualquier tiempo pasado/ fue mejor” (“¿Qué se hicieron las damas,/ sus tocados e vestidos,/ sus olores?”). En esta opción vital es donde indefectiblemente purgamos la *tristitia post coitum* de nuestros primeros padres (se entiende padres pensantes, claro) ¿Qué mayor desilusión podemos concebir? Parece inaccesible alguna superior; mas la hay. Así como las dos anteriores siguen un camino posible y suficiente pero eludible, la tercera es de más difícil regate. Así como las dos anteriores precisan que el sujeto se introduzca de lleno bien en la autorrealidad bien en la realidad heredada, la tercera, que nace de la conjunción de estos dos caminos, sólo demanda al objeto *algo* de autorrealidad y *algo* de realidad heredada, cosas que todos poseemos. Mi ideal, por muy modesto que sea, de chica y la chica que me está esperando en aquel bar con su madre (madre = desecho preexistente, realidad heredada o lo que muchos conocen por *dura realidad*) al encontrarse no pueden menos que producirme un brutal impacto en los alledaños del hipotálamo (tercera desilusión que estaría ligeramente emparentada con el cernudiano choque de Realidad y Deseo). Y el cuarto gran motivo es *el tedio*. El tedio *va implícito en el proceso de seducción*; todo lo que se repite (además de acabar siendo verdad, como decía y aplicaba Goebbels) acaba siendo tedioso (recorremos el párrafo de H.P. Jeudy). Este tema planea sobre una vasta región del pensamiento, así que para no aburrir sólo hablaré de un aspecto concreto: el tedio transporta a la desilusión por medio de la inacción. Inacción y tedio se conectan recíprocamente. La pasión por la inacción, a la cual lleva inevitablemente el tedio, se llama pereza. Y la pereza es la pasión que más ventajas tiene sobre las demás puesto que su objeto es ninguno

(o la nada). Mejor se la contenta sentado que en pie, mejor echado que sentado, mejor soñoliento que bien despierto. Cuanto más se acerca a la nada el perezoso, en su modo de ser, mejor está. Ahora bien, hay que decir que son los más inteligentes los que con más facilidad caen —a través de la inacción— en el tedio porque experimentan antes el sufrimiento de la repetición estúpida. De todos es sabido el ejemplo ilustre de Pascal, que moría “de viejo a los 39 años” (Racine) enfrentado a un sentimiento de hastío irreparable y resistiendo con toda el alma la costumbre de ser.

Visto esto, para entender (cual está apuntado con el número (2) en el gráfico) el avance que supone la desilusión, a partir de su choque con aquella realidad creada, hacia el *sujeto feliz* haya quizás que situarse en el lugar del sentimiento; o, quién sabe si en el de las evidencias. Sentimiento que además viene refrendado por una poderosa corriente de reflexión. Ya Juan Ruiz, Arcipreste de Hita, sentenciaba en un alejandrino que “Quien puede ser suyo, non sea enajenado” (verso suficientemente lapidario para no añadirle nada). Y en un contexto más político, Ibsen hace descubrir a su Doctor Stockmann la idea de que “el hombre más poderoso del mundo es el que está más sólo”. Testimonios cabales y argumentos podrían estirarse hasta el agotamiento. Pero toquemos aún una extrema cuestión (número (3) del gráfico). Al estar ya explicada en su correspondiente nota, sólo queda aclarar la acepción justa de *catástrofe*. La aquí usada no es la de ‘ruina, trastorno’, sino la que deriva del griego *katastréphō* ‘subvierto, destruyo’ (y éste de *stréphō* ‘doy vuelta’). Es el tan divulgado ejemplo del animal temeroso de la presencia del hombre que al percibirla a una distancia de diez metros huye; al advertirla a cinco metros también intentará escapar; pero cuando la proximidad es mayor, entonces sólo concibe el ataque. De donde se sigue, amén de seguirse otras cosas, que la esperanza tiene siempre el corazón en un hilo.

Puntualizar por último que la postura a que obliga esta ubicación será siempre la más recomendable; cuando no, porque evita los dolorosos estados anímicos que acompañan al sujeto en todas las rutas antes desbrozadas; y porque, en consecuencia, nos habría ahorrado graciosamente su recapitulación.

BIBLIOGRAFIA

El Criterio. Jaime Balmes.

Las Semanas del Jardín. R. Sánchez Ferlosio.

De la Seducción. Jean Baudrillard.

Las Memorias Alcohólicas. Jack London.